ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA.

11400

UN CUENTO
DE NIÑOS,

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ.

431

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1877.

12

AUMENTO *á la Adicion al Catálogo de* 1.° *de Abril de* 1877.

		TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
		COMEDIAS Y DRAMAS.			
4	2	Caiga el que caiga—j. o. p...	1	D. Eduardo Sz. Castilla.	Todo.
3	3	Casamientos y vice-versa.....	1	Daniel Balaciart.....	»
		Dimats 13.....	1	José Ovara.....	»
»	»	El conde Patrizio.....	1	G. Sanchez Castilla..	»
1	10	El premio á la virtud-c. o. v.	1	José Olier.....	»
		En el Cármen y por Cármen—j. o. v.....	1	Elías Aguirre.	»
3	1	Fuerza mayor.....	1	José Estremera.....	»
3	2	Hay entresuelo.....	1	José Estremera.....	»
		La mamá de mi mujer.....	1	Eduardo Maza.....	»
6	3	La perla de mi mujer.....	1	C. Gil y Luengo....	»
		Los tres novios de la niña....	1	M. Ramos Carrion..	»
4	2	La torre de Talavera.....	1	Eugenio Sellés.....	»
2	2	Por un anuncio.....	1	J. G. de Iribarrén...	»
2	1	Receta contra la bilis—c. o. v.	1	José Trinchant.....	»
		Un aprenent de lletí.....	1	José Ovara.....	»
4	2	Un nido de víboras—c. a. p...	1	José de Fuentes.....	»
5	2	El 15 de Febrero—j. o. p....	2	Salvador Lastra.....	»
		Un cuento de niños—c. o. v..	2	Antonio G. Gutierrez.	»
5	2	¡Don Martin!.....	3	R. Lopez del Rio...	»
9	2	El frontero de Baeza.....	3	Sres. F. L. de Retes y F. P. Echevarría....	»
		El más sagrado deber—d. o. v.	3	D. Leopoldo Cano.....	»
3	3	Enseñar al que no sabe-c. o. v.	3	Leandro A. Herrero.	»
5	2 a.	Ethelgiva.....	3	D.ª Elisa de Luxán.....	»
		Fueros y Germanías, ó el encubierto de Valencia.....	3	D. F. Palanca y Roca..	»
		La cruz de plata.....	3	F. Palanca y Roca..	»
10	2 a.	La dama del Rey.....	3	Valentin Gomez.....	»
3	3	La rosa amarilla—c. a. v.....	3	Eusebio Blasco.....	»
3	2	Los niños y los locos.....	3	Eusebio Blasco.....	»
		Pablo ó la Providencia.....	3	F. Cid Rodriguez...	»

UN CUENTO DE NIÑOS.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/uncuentodeniosco20312garc

UN CUENTO DE NIÑOS,

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

Representada por primera vez en el Teatro Español el 23 de Noviembre de 1877.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1877.

PERSONAJES.	ACTORES.
CECILIA.....	SRTA. D.ª ANTONIA CONTRERAS.
GREGORIA.....	CÁRMEN FENOQUIO.
DON SERVANDO.....	SR. D. JOSÉ VALERO.
DON ESTEBAN.....	JULIO G. PARREÑO.
MIGUEL.....	ALBERTO RODRIGUEZ.
ANTONIO.....	JOSÉ BARTA.

La accion pasa, el primer acto en Búrgos, y el segundo en Pozuelo de Aravaca, en el año de 1860, poco más ó ménos.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Sala de una posada en Búrgos con puerta al fondo que da salida á la calle, y otra á la izquierda que comunica con las habitaciones interiores. Á la derecha un balcon.

ESCENA PRIMERA.

CECILIA, que viene por la izquierda. Poco despues, ANTONIO, por el lado opuesto.

CECILIA. (Dirigiéndose á la puerta del fondo.)
La ocasion es oportuna;
el comedor está solo...
Antonio? (Llamando.) Pero hago bien
en fiarme de este mozo?
La verdad es que no tengo
otro medio que este. Antonio?

ANT. (Saliendo por el fondo.)
Me llamaba usted?

CECILIA. Mi padre
va á salir dentro de poco.

ANT. Y qué?

CECILIA. Necesito hablar...
(Iba á decirle, á mi esposo.
La palabra se me escapa.)

ANT. Ya la entiendo á usted; al pollo.
Desde que Dios amanece

612399

anda el pobrete hecho un loco
por esta calle. (Hace que se va.) Se entiende
que ha de ser el locutorio
este salon.

CECILIA. Y qué quiere
decirme?...

ANT. Que en el remoto
peligro de una sorpresa,
tras de que el sitio es más cómodo,
es disculpable un encuentro.

CECILIA. Dice usted bien: me conformo.
Que mi padre no le vea
al salir...

ANT. (Acercándose al balcon y mirando á la calle.)
(Si diera el soplo...)

CECILIA. Duda usted?

ANT. No. (Porque creo
que aunque le den en el codo...)

(Váse por el fondo.)

ESCENA II.

CECILIA, D. ESTÉBAN, por la izquierda.

CECILIA. (Aquí está.) Va usté á salir,
padre?

EST. Sí, pero por poco
tiempo: me esperan, y quiero
apresurar mis negocios.
Sin embargo, no podré
salir de Búrgos tan pronto
como deseo.

CECILIA. Qué prisa?...

EST. Estamos á diez y ocho
y el veinte y tres quiero estar
en la villa del madroño.
Se acerca el término! (Mirándola con fijeza.)

CECILIA. Entiendo.

EST. Y por qué bajas los ojos?

CECILIA. Padre mio! (Turbada.)

EST. Ya lo sabes:
te tengo buscado novio;
pero ignoras lo que puede

ser para mí este consorcio.

CECILIA. Sin embargo...

EST. Sin embargo,
le verás dentro de poco,
y si te agrada, si puedo
ver realizado mi voto,
me devolverás la dicha:
la paz que perdida lloro.
Si no te parece bien,
si mi esperanza no logro,
mi vida, como hasta ahora,
será un suplicio horroroso.

CECILIA. Ah, señor!

EST. Mas si llegaran
á recrearse mis ojos
en aquel cuadro! hija mia!
hasta muriera dichoso.

CECILIA. (Pobre de mí!)

EST. No me dices
nada!

CECILIA. Si nada respondo
es porque...

EST. Tienes vergüenza
de decir que amas á otro.
No pretendo violentar
tu inclinacion; quiero sólo
que ántes que des tu palabra
veas al que te propongo.

CECILIA. Le conoce usted?

EST. Si digo
la verdad, no le conozco.
Lo ví de niño: aún estaba
en la cuna.

CECILIA. De ese modo...

EST. Mas si no es digno de tí,
no es tan ciego mi propósito
que persista en él, ni quiero
sacrificarte tampoco.
Ántes, si fuera posible,
quisiera encontrar un modo
de que le hablaras...

CECILIA. Á quién?

EST. Á quién? al padre de estotro.
Si con tus gracias...
CECILIA. Ay, padre
EST. No resistirá su enojo
al poder de tus hechizos.
CECILIA. Yo...
EST. Sí, sí! eres un tesoro.
Mas no ha de saber que tú
eres mi hija.
CECILIA. Es algun ogro?
EST. Es un hombre que ha sufrido
mucho, mucho! que tiene odio
hasta al nombre de mujer.
CECILIA. Eso no se lo perdono.
Y despues de tantos años
sabe usted?...
EST. Vivía hace poco:
dos meses há. Por las cartas
que me escribe don Ambrosio,
sé de él, y áun toda su historia
de algunos años conozco.
Prepara todas tus armas;
la música, algunos trozos
selectos. Es su pasion
favorita.
CECILIA. Pero cómo?...
EST. El aria de *La Calumnia*.
CECILIA. Ya lo sé.
EST. Eso, sobre todo.
CECILIA. Es un capricho?...
EST. Sí. En fin,
repasa tu repertorio
clásico.
CECILIA. Nada de Verdi?
EST. De Verdi? ni por asomo!
Es muy delicado, y esa
es música para sordos.
Adios, pues, y no te aflijas.
CECILIA. Si estoy contenta!
EST. Alza el rostro
y mírame; es esta cara
la de un padre rigoroso?

(Mirándola con ternura.)
No eres tú mi hija querida?
no has sido hasta aquí el apoyo
de mi vejez?

CECILIA. Padre mio!

EST. Solamente me propongo
que oigas la razon.

CECILIA. Ya quiero
hacerlo así.

EST. Basta.

CECILIA. Sólo
que...

EST. Bien: ya hablaremos de eso.
(Hace que se va.)

CECILIA. Vuelve usted pronto?

EST. Muy pronto.
(Váse por el fondo.)

ESCENA III.

CECILIA, luégo MIGUEL y PEDRO.

CECILIA. Ay, qué horrible lucha! qué
desdichado matrimonio!
Pero cuándo querrá Dios
que salga de purgatorio?
Y no es que esté arrepentida...
Yo que mayores escollos
he salvado con valor...
—Si verá á Miguel? Supongo
que el criado... (Asomándose al balcon.)

ANT. (Saliendo.) Ya está aquí.

CECILIA. Bien. Déjenos usted solos
un instante.—Ah! tome usted.
(Dándole dinero.)

ANT. Gracias. (Qué oficio tan momio!) (Váse.)

ESCENA IV.

CECILIA, MIGUEL, que viene por el fondo.

CECILIA. Por fin...

MIGUEL. Cecilia!
CECILIA. Miguel!
MIGUEL. Tiemblas?
CECILIA. Tiemblo de alegría.
MIGUEL. Mi Cecilia! esposa mia! (Queriendo abrazarla.)
CECILIA. Muchacho!
MIGUEL. No doy cuartel.
Un abrazo. (Abrazándola.)
CECILIA. No me nombres
tu esposa. Y nuestro secreto?
MIGUEL. No puedo más.
CECILIA. Indiscreto!
Y nos acusan los hombres!...
MIGUEL. Sobre no causarte agravios,
el cariño me provoca.
Se me escapa de la boca;
lo tengo siempre en los labios.
CECILIA. Reflexiónalo.
MIGUEL. De modo
que...
CECILIA. Calla.
MIGUEL. Pues te prevengo
que de hoy ya no pasa. Vengo
decidido á todo.
CECILIA. Á todo! (Asustada.)
Y mi padre?
MIGUEL. Ese tirano?
CECILIA. Tan bueno!
MIGUEL. No me persuades.
Me va á oir cuatro verdades.
CECILIA. Ténganos Dios de su mano!
MIGUEL. Bueno! y ni áun vivir aquí
puedo por él!
CECILIA. Sí, eso es grave.
Ya te conoce; ya sabe
que vienes detrás de mí.
MIGUEL. Me mira como á enemigo
de su paz.
CECILIA. Pero en el fondo...
MIGUEL. Y yo entre tanto me escondo
hasta para hablar contigo.
Lo dicho, dicho: hoy concluyo

de sufrir: no es cosa grata
que ande uno á salto de mata
para alcanzar lo que es suyo.
Á más de nuestro albedrío,
Dios nos unió en lazo estrecho.

CECILIA. Dices bien: aunque á despecho
de tu padre...

MIGUEL. Sí.

CECILIA. Y del mio.

MIGUEL. Qué matrimonio!

CECILIA. Qué union,
Miguel!

MIGUEL. La verdad es esa;
que sobre nosotros pesa
yo no sé qué maldicion.

CECILIA. La culpa es nuestra.

MIGUEL. Tal vez.
Si tú hablaras...

CECILIA. Tengo miedo.

MIGUEL. Hoy mismo ha de ser.

CECILIA. No puedo.

MIGUEL. Hagámosle nuestro juez.

CECILIA. Jamás...

MIGUEL. Pues yo no me atranco.
Verás.

CECILIA. Qué?

MIGUEL. Sólo tenemos
un camino; errar podemos;
pero no quitar el banco.
Qué podrá ser, que se cuadre?
(Cecilia se asoma al balcon recelosa.)
Qué estás mirando?

CECILIA. Aún no ha vuelto.

MIGUEL. Estoy resuelto...

CECILIA. Resuelto!

MIGUEL. Á decírselo á tu padre.
Tú no quieres.

CECILIA. No es decir
tampoco... No es que no quiera,
que vivir de esta manera
confieso que no es vivir.
Es el respeto profundo

que le tengo; es el temor...

MIGUEL. Pues qué! no ha tenido amor?

CECILIA. Pero por nada en el mundo...

MIGUEL. Déjame que yo me atreva.

CECILIA. Pero...

MIGUEL. No vale esto más,
que dar pábulo?... Quizás
hay quien te crée mi manceba.

CECILIA. Tu manceba!

MIGUEL. Puede ser.
La gente suele...

CECILIA. Qué escucho!

MIGUEL. Y yo estimo en mucho, en mucho,
la fama de mi mujer.
Los ojos de todos, fijos
están ya sobre los dos,
y á la que, si quiere Dios,
será madre de mis hijos,
no se ha de tachar... No es cosa
de que sufra infamia tanta!
Quiero que goces la santa
inmunidad de la esposa.
No es honrado nuestro amor?
Tu padre oirá nuestro ruego.

CECILIA. Cuándo vas á hablarle?

MIGUEL. Luégo:
lo más pronto es lo mejor.

CECILIA. Y si resiste?

MIGUEL. Eres mia:
mi mujer, y si eso pasa...
¿No sabes? ya tengo casa.
Te llevo en mi compañía.
Esto es lo justo.

CECILIA. Y en medio
de todo, es lo que desea
mi cariño.

MIGUEL. Y cuando vea
tu padre que no hay remedio...

CECILIA. Bien: determinada estoy
á llegar á esos extremos.
Uno y otro le hablaremos;
pero excúsalo por hoy.

Vete: tal vez ya de vuelta...
MIGUEL. Mas por qué es eso, querida?
CECILIA. Una hora de vida, es vida.
Ya he dicho que estoy resuelta;
pero déjame á lo menos
que piense... Ya que al deber
falté, déjame escoger
los medíos...
MIGUEL. Todos son buenos.

ESCENA V.

DICHOS y ANTONIO, apresurado.

ANT. Chit! sube por la escalera
el señor.
CECILIA. Oyes?
ANT. Y viene
que vuela.
MIGUEL. Voy... (Dirigiéndose al fondo.)
ANT. Ya no tiene
salida.
MIGUEL. Si me escondiera...
CECILIA. Sí, pero dónde?
ANT. En el dos.
Pero no haga usted ruido.
Es de una vieja: ha salido...
CECILIA. No te detengas.
MIGUEL. Adios.

ESCENA VI.

CECILIA, ANTONIO, y un momento despues D. ESTÉBAN.

ANT. Serénese usted.
CECILIA. (Poniéndose á bordar.) Si puedo.
EST. (Nadie: se ocultó quizás.)
(Entrando y examinando la sala. Trae un diario.)
CECILIA. Mi padre!
EST. Cómo! aún estás
aquí?
ANT. (Ap. á Cecilia.) (No tenga usted miedo.)

CECILIA. De vuelta ya!
EST. Sí, hija mia.
ANT, Bordando se ha estado aquí...
EST. Es gran bordadora! (Con leve ironía.)
ANT. Oh! sí!
EST. (No ha salido todavía.)
CECILIA. Tan pronto!
ANT. (Parece que habla
en tono de zumba.)
EST. Hallé
cerca al socio, y arreglé...
CECILIA. (He escapado en una tabla.)
No he visto cosa más pronta.
EST. Y eso que...
CECILIA. Yo no pregunto...
EST. Yo te lo digo. Es asunto...
CECILIA. De monta?
EST. De mucha monta.
Con pocos momentos basta
para arreglar y extender
el contrato. Voy á ver
si anuncian ya la subasta.
(Leyendo en el Diario.)

ESCENA VII.

DICHOS y GREGORIA vestida con alguna exageracion: viene por el fondo.

ANT. (Huy! la del dos!)
GREG. Feliz dia!
(Saludando. D. Estéban y Cecilia contestan con un movimiento de cabeza.)
Deme usted en qué sentarme.
(Á Antonio. Éste le arrima una silla.)
ANT. Ahí tiene.
GREG. Celebro hallarme
con tan buena compañía.
Gracias. (Viendo que no la contestan.)
ANT. Venga usted con Dios.
Se ha salido muy temprano.
GREG. Mucho.—Beso á usted la mano.

(Á D. Estéban.)
—Soy la del número dos.

ANT. Es un señor que no pierde
su tiempo.
(Ap. á Gregoria. Cuchichean los dos.)

CECILIA. (Qué personaje!... (Ap. á D. Esétban.)

EST. Original.

CECILIA. Y qué traje
tan de!...

EST. Tan de vieja verde.)

ANT. De pasear?

GREG. No, que no!
Venía con el cuidado. .

ANT. De qué?

GREG. No se ha levantado?...

ANT. El otro? Todavía no.
Por lo ménos...

GREG. Aunque bien
pude haberlo comprendido.
Esta noche no ha dormido
tres minutos en el tren.
Pero yo...

ANT. Sí, usted está
despabilada.

GREG. Yo! como
duermo...

ANT. Sí?

GREG. Tanto, que al plomo
le digo: «quítate allá!»
Al contrario que á mi dueño,
á mí hasta me arrulla el coche.
Así es que toda la noche
me la he llevado en un sueño.

ANT. Usté es su criada?

GREG. No tal:
ama...

ANT. (Entiendo.) (Con malicia. Ap. á Gregoria.)

GREG. Que si quieres!
no puede ver las mujeres:
sin duda que le fué mal.

ANT. Pero usted...

GREG. No hay miedo.—Vamos!

no soy de esas pizpiretas
parlanchinas y trompetas
de las faltas de los amos.
Porque esto no es murmurar.
Pero la mano derecha
apuesto á que...

ANT. Usted sospecha...

GREG. Que es un ente singular:
que su mujer no podría
sufrirle.

ANT. Justo.

GREG. Es de ene,
y que por eso la tiene
en donde no la ve el dia.

ANT. Vive?

GREG. Cá! no, su retrato
es el que guarda, y no acierto
para qué... Siempre cubierto...

ANT. Ah!

GREG. Si será mentecato!
Mas yo me atreví una vez
á alzar una punta al velo,
y ví... Qué cara! qué pelo!
qué ojos! qué boca y qué tez!
de leche y sangre.

ANT. Hola! hola!

GREG. Sencillamente vestida,
con aquella flor prendida
y la mantilla española!
Por qué la esconde del sol?
Y era una mujer completa:
y luégo, aquella peineta!
y la manga de farol!...
Mire usted: yo no me caso
con lo antiguo; pero quiá!
Diga usted si donde está
la saya de medio paso...
(Á D. Estéban. Éste manifiesta impaciencia.)
Perdone usted si importuno... (Á Antonio.)

CECILIA. (Ha visto usted?) (Ap. á su padre.)

EST. Peregrina!

GREG. Ya pasé por la cocina.

ANT. Quiere usted el desayuno?
GREG. Estaba bate que bate
á todo batir el pinche,
y yo me dije...
EST. (Ap. á Cecilia.) (Hay tal chinche?)
GREG. Será nuestro chocolate.
ANT. Voy por él. (Hace que se va.)
GREG. (Deteniéndole.) Por un capricho;
por una curiosidad.
ANT. Dígame usted.
GREG. Es verdad
lo que en la calle me han dicho?
Esta es la tierra del Cid?
ANT. Sí.
GREG. Gracias por la merced.
—Por si acaso!... Ya ve usted!
nosotras las de Madrid!...
Aunque serían los primeros,
al cabo no es cosa grata
que se rían de una gata
estos pobres forasteros.
ANT. Y de usted! qué disparate!
GREG. Vaya!
ANT. Se pierde de vista!
GREG. Soy yo muy lista! muy lista!
—Conque está ese chocolate?
ANT. Dos jícaras? (Hace que se va.)
GREG. La del viejo:
yo no lo gasto. Ya es hora;
le despierto y...
ANT. Voy—señora.
Dispense usted si la dejo...
GREG. Conque sólo el del señor.
ANT. Sí, que ya es tarde. (Hace que se va.)
GREG. (Deteniéndole.) No obstante.
Espere usted un instante.
No he dicho á usted lo mejor.
Ya que usted muestra interés...
ANT. Yo?
GREG. Ó curiosidad...
ANT. Tampoco.
Voy...

GREG. Espere usted un poco.
Pasado mañana es
su santo. (D. Estéban alza la cabeza.)
ANT. Si está esperando...
GREG. Con qué tristeza los pasa!
Celebraba en nuestra casa
el dia San de Servando
un su amigo. No sé adónde
fué, ni se sabe si vive.
El amo á veces le escribe;
pero el otro no responde.
CECILIA. (Qué manía!) (Ap. á D. Estéban.)
EST. Y qué excelente
corazon!
ANT. Si el otro ha muerto...
GREG. El amo, si bien es cierto
que vive hasta pobremente,
ese dia su estrechez
quebranta de tal manera!...
Treinta años há que le espera.
EST. (Treinta años! será tal vez...)
CECILIA. Qué tiene usted?...
(Á D. Estéban, notando su agitacion.)
GREG. El pobrete
vive con economía.
EST. (Ap. á Cecilia, que hace ademan de hablar.)
(Déjame.)
GREG. Pero ese dia
tiene opíparo banquete.
Del huesped, hasta guardada
tiene allí la antigua copa,
y le espera con la sopa
hasta la hora acostumbrada.
Pero pasa el tiempo, y ya
de verle desconfiando,
suspira...
EST. (Pobre Servando!)
GREG. Y dice: «Otro año vendrá.»
CECILIA. (Se turba!) (Observando á D. Estéban.)
GREG. Y suele añadir
como si estuviera cierto
de su vuelta: «No, no ha muerto!

de seguro va á venir.»

EST. (Oh! ya no hay duda.)

CECILIA. El color
pierde usted.

EST. Sí. (No lo extraño:
yo tambien, año por año
cuento treinta de dolor.)
Ven. (Á Cecilia levantándose: ésta le imita.)

CECILIA. (Qué misterio!... (Ap. los dos.)

EST. Jamás
me lo preguntes. Ven. (Llevándosela.)

CECILIA. Pero..)

GREG. (Ap. á Antonio.) (Qué tiene este caballero?)

EST. (Entra conmigo y sabrás...)
(Vánse los dos por la izquierda.)

ESCENA VIII.

GREGORIA y ANTONIO.

GREG. Ha visto usted?

ANT. Sí, ya he visto.

GREG. Tan de repente! qué mosca
le habrá picado?

ANT. (Qué más
mosca que tú?) Puedo ahora...

GREG. Ahora? en seguida nos vamos.
Ha vendido una bicoca
de propiedad, para dar
de comer á esa persona...

ANT. Ya lo sé.

GREG. Y hoy nos volvemos
á Pozuelo, á media hora
de Madrid. Allí vivimos...

ANT. Sí, sí! como dos palomas.

GREG. Sí, sí! como dos panteras.

ANT. Voy por...

GREG. Ya lo trae la moza.
(Viene por la izquierda una criada con bandeja y en ella jícara de chocolate, vaso, un azucarillo, etcétera. Gregoria lo coge y despide con un ademan á la criada.)
Yo lo llevaré. Estará

tal vez despierto.

SERV. (Dentro.) Gregoria!

GREG. Lo ve usted? ya se impacienta.
Por culpa de usted ahora
voy á llevarme...

ANT. Y usted?
si no me contara cosas
tan bonitas...

GREG. Zalamero!

SERV. Mujer!

GREG. Hélo aquí que asoma.

ESCENA IX.

DICHOS y D. SERVANDO, por la izquierda

SERV. Qué estabas haciendo aquí? (Váse Antonio.)

GREG. Señor!

SERV. Haciendo carocas
á los mozos.

GREG. Calle usted!

SERV. Pero que no te conozcas?
No sabes que es tiempo ya?...

GREG. De qué?

SERV. De que te recojas
y de que reces, que al fin...

GREG. Al fin se canta la gloria.

SERV. No en la vida. Verdad es
que tratándose de locas
la vejez pierde sus fueros;
pero no pierde sus formas.
Ni el cabello que blanquea,
ni la vista que se acorta,
ni la tez que se *aberruga*,
la nariz que se prolonga,
los dientes que se emancipan
y la espina que se dobla,
nada de esto que pudiera
desengañar á una roca,
es bastante á convencer...
Á quién?

GERV. Á ciertas personas.

GREG. Sermon redondo!
SERV. Tú sí...
GREG. Qué?
SERV. Tú sí que eres redonda...
de talento.
GREG. Ya salió...
SERV. Eh! basta! qué has hecho en toda
la mañana?
GREG. Qué? correr.
SERV. Ocupacion provechosa!
GREG. Pero he visto el Espolon.
SERV. Ah!
GREG. Y tambien el Papa-moscas.
He esperado largo rato,
eso sí, mas dió la hora...
Tengo fortuna? las doce!
y abrió otras tantas la boca.
SERV. Y allá en Madrid te reías
de la pobre labradora;
la paleta, como algunos
la llaman en son de mofa.
GREG. Es tan natural! cuando una
no ha visto nunca una cosa...
SERV. Pues eso es lo que yo digo.
Por punto general, todas
las mujeres sois paletas.
GREG. Quiere usted decir, curiosas.
SERV. Sí, tal. Y no es la peor
la que solamente es boba.
GREG. Ya empieza...
SERV. Llévate eso:
(Gregoria se dirige hácia la puerta de la izquierda.)
ponlo sobre la consola
del cuarto. Y de paso, me oyes?
no te olvides de que es hora
de liar el hato.
GREG. Nos vamos?
SERV. Sí.
GREG. Se vendió?...
SERV. No te importa.
Lo que importa es que te des

prisa: que arregles la ropa.

GREG. Bien: voy.

SERV. Es la una: tenemos
cuarenta minutos. Sobra
con la mitad: la estacion
está cerca de la fonda.
Date prisa.

GREG. Voy.

SERV. Si pierdo
el tren...

GREG. (Huy! me arma la gorda!)
(Váse por la izquierda llevando la bandeja.)

ESCENA X.

D. SEVANDO, luégo GREGORIO y MIGUEL.

SERV. Hoy más que nunca le espero.
Vendrá! no será tan loca...
(Se oye ruido de vidrios y platos rotos.)
Pero qué es eso!

GREG. (Dentro.) Favor!

SERV. Qué oigo!

GREG. (Saliendo despavorida.)
No hay quien me socorra?

SERV. Mujer!

GREG. Un hombre escondido,
acurrucado en mi alcoba...

SERV. Algun ladron! (Sale Miguel.)

MIGUEL. Padre mio!
soy yo.

SERV. Usted!...

GREG. Vírgen de Atocha!
es el señorito.

SERV. (Á Gregoria.) Vete!

GREG. Escuche usted...

SERV. No respondas.

GREG. La voz de...

SERV. No te permito
una palabra más. (Irritado.)

GREG. Voy.
(Váse por la izquierda.)

ESCENA XI.

D. SERVANDO y MIGUEL.

SERV. Aquí usted?
MIGUEL. Padre! yo soy.
SERV. Qué quiere usted, señorito?
MIGUEL. Llámeme usted...
SERV. Por qué nombre?
MIGUEL. Por otro más cariñoso.
SERV. Ya tiene usted el de esposo.
MIGUEL. Señor!
SERV. Ya es usted un hombre:
no necesita de mí.
MIGUEL. Segun...
SERV. Y en su nuevo estado...
Porque usted está casado.
No me lo ha escrito usté así?
MIGUEL. Con un ángel de candor.
SERV. De hermosura! (Con sarcasmo.)
MIGUEL. De inocencia.
SERV. Me ha pedido usted licencia
para hacerlo?
MIGUEL. No, señor.
Confieso mi...
SERV. Ya sabía
usted que era inútil.
MIGUEL. Justo.
SERV. Pues! y tambien el disgusto
que con ello me daría,
y dijo usted: «No querrá
darme su permiso, bueno,
lo haré sin él.»
MIGUEL. Ya condeno
mi ciego error.
SERV. Bien está.
Y luégo...
MIGUEL. Huí de mi casa;
pero una razon me escuda.
SERV. Una razon?
MIGUEL. Ó una duda

que me avergüenza y me abrasa.
Hay en aquella mansion
cierto misterio...

SERV. Miguel!
no abuses...

MIGUEL. Hay en aquel
pobre y amado rincon,
de una mujer que en el cielo
mora sin duda, un traslado,
á las miradas guardado
con impenetrable velo.
Por qué?

SERV. Eso es cosa que á usté
no importa: eso es cuenta mia.

MIGUEL. Pues yo un dia y otro dia
me he preguntado; por qué?
Triste recelo es que apunta
aquí, y envuelto en agravios
hace asomar á mis labios
una terrible pregunta.

SERV. Miguel! (Con severidad.)

MIGUEL. Señor! (Con firmeza respetuosa.)

SERV. No eres juez
en ese punto. Dios quiso
que nuestra union...

MIGUEL. Es preciso
que lo diga de una vez.
Debo trocar en enojos
el amor que hay en mi pecho?

SERV. Usted no tiene derecho
á alzar hasta ella los ojos
sino con respeto.

MIGUEL. Bien! (Regocijado.)
Siendo así, por qué con tanta
injusticia?...

SERV. Era una santa.

MIGUEL. Santa... quién lo duda? quién?
Pero...

SERV. Si del sol la oculto
el rigor es aparente.
Yo la rindo interiormente
respeto... qué digo? culto.

MIGUEL. Gracias; pero entónces...
SERV. Dale!
Ello no es más que un despique.
MIGUEL. Nada hay que lo justifique.
SERV. Tampoco hay nada que iguale
á estos señores Licurgos.
MIGUEL. Á qué ha venido?
SERV. Me espía
usted?
MIGUEL. Yo, señor? Sabía
que se hallaba usted en Búrgos,
y que ha venido á vender...
SERV. Ah, vamos!
MIGUEL. No sé qué tierra.
SERV. Y eso es lo que le da guerra?
MIGUEL. Lo puede usted suponer?
Al contrario, lo que quiero,
lo que si es preciso, exijo
con el respeto del hijo,
es la honra del caballero.
Es que...
SERV. Habla pronto: me espera...
MIGUEL. Pues bien, señor, seré breve.
SERV. Y mire á lo que se atreve.
MIGUEL. Á usted debo mi carrera;
de usted heredé este hidalgo
corazon.
SERV. (Volviéndose para ocultar su emocion.)
Bien! bien! De nuevo
le advierto...
MIGUEL. Y en fin, le debo
cuanto tengo y cuanto valgo.
Por esta y otras razones
que desconoce ó que olvida,
aquel que me dió la vida
sufriendo está privaciones.
SERV. Entiendo!
MIGUEL. Me hará merced
si dispone...
SERV. Que esto escucho?
Yo soy rico.
MIGUEL. Mucho! (Con ironía.)

SERV. Mucho:
no necesito de usted.
MIGUEL. No da de eso testimonio
esa venta... y otras.
SERV. Bah!
MIGUEL. Por qué destruye su ya
esquilmado patrimonio?
SERV. Déjeme usté.
MIGUEL. Ese profundo
rencor es ya harto castigo...
SERV. Que me deje usted, le digo;
no tengo á nadie en el mundo.
(Váse por la izquierda. Al entrar tropieza con Cecilia.)
—Dispense usted.

ESCENA XII.

MIGUEL y CECILIA, luégo D. ESTÉBAN, por la izquierda.

MIGUEL. (Abstraido. Cecilia se acerca á él sin llamar por el momento su atencion.)
Su perdon
me niega!
CECILIA. (Pero en qué piensa?)
MIGUEL. Tan grande ha sido la ofensa?
CECILIA. Miguel, quién es ese huron?
MIGUEL. Mi padre.
CECILIA. Tambien aquí?
—Perdona si le he ofendido.
El padre de mi marido
es sagrado para mí.
—Dime, y te riñó?
MIGUEL. De un modo...
Y va enojado.
CECILIA. Enojado?
ya se le conoce.
MIGUEL. Airado.
Por tí lo he arrostrado todo;
mas tú me consolarás:
tú me harás feliz.
EST. (Saliendo.) Qué es esto?

CECILIA. Mi padre!
EST. Ya no hay pretexto...
Ya no me lo negarás.
Y usted... (Á Miguel.)
MIGUEL. Si he ofendido...
EST. Sí
señor, puesto que le hallo...
MIGUEL. Yo puedo...
EST. Calle usted.
MIGUEL. Callo.
EST. Á qué ha venido usté aquí?
Diga, por qué siempre en pos
de nuestros pasos le vemos,
que parece que tenemos
tres sombras para los dos?
Por qué nos sigue reacio
siendo de la gente risa,
si andamos de prisa á prisa,
y si despacio, despacio?
Y por qué le encuentro á usted
que éntre ó salga, fijamente
junto á la casa de enfrente
sosteniendo la pared?
Ó hace del guarda-canton
de esa esquina, observatorio,
con escándalo notorio
acechando mi balcon?
Hable usted.
MIGUEL. (Bajo á Cecilia.) (Díselo tú.)
CECILIA. Por qué tú no?
MIGUEL. Á tí te toca.)
EST. Es que le cierra la boca...
MIGUEL. (Ap. á Cecilia.) (Qué genio de Belcebú!)
(Alto.) La vergüenza...
EST. Mal comienza
usted. Su conducta es ruin,
que no es muy honrado el fin
del que siente esa vergüenza.
CECILIA. Eso no, padre!
MIGUEL. Eso no!
CECILIA. Y la prueba es...
MIGUEL. (Ap. á Cecilia.) (Se lo digo?)

EST. Hable usted, pero conmigo.
CECILIA. No me atrevo...
MIGUEL. Lo haré yo.
EST. Pues bien, señor mio.
MIGUEL. Qué?
EST. Diga.
MIGUEL. Pues somos los amos...
EST. Qué quiere decir?
MIGUEL. Que estamos
casados.—(Ya la solté.)
EST. (Á Cecilia.) Tú?
MIGUEL. Si usted no se conforma...
EST. Pero cómo?...
MIGUEL. Es largo el cuento.
Vea usted. (Dándole un papel.)
EST. Fé de casamiento.
MIGUEL. Y legalizada en forma.
EST. Adios, esperanza mia!
CECILIA. Lo siente usted?
MIGUEL. Bueno fuera!
EST. Sí, lo siento; si dijera
otra cosa mentiría.
Fué una ilusion generosa
hija de causas muy graves.
En fin, quise, ya lo sabes,
que fueras de otro hombre esposa.
Creía que mi conciencia...
Mas no se hable de ello, puesto
que ya otra cosa ha dispuesto
la Divina Providencia.
(Que no os espiaré, sospecho,
juveniles extravíos!)
No sepais nunca, hijos mios,
todo el mal que me habeis hecho! (Pausa.)
—Puesto que ya se ha prendado
tu corazon de otro hombre,
tu esposo... Sepa yo el nombre
del hijo que Dios me ha dado.
(Va á mirarlo en la fé de casamiento.)
CECILIA. Miguel.
MIGUEL. Miguel de Guzman.
EST. Qué has dicho?

CECILIA. De qué se asombra?
EST. De esa manera se nombra
el que yo con tanto afan
te destinaba.
MIGUEL. Adalid
por mi madre.
EST. Santo cielo!
—Dónde has nacido?
MIGUEL. En Pozuelo,
á las puertas de Madrid.
EST. (Y hallo unidos á los dos!
Es que los cielos propicios
lo han ordenado! Oh, juicios
inexcrutables de Dios!)
Quiero saber cómo y cuándo...
MIGUEL. Se alegra usted?...
EST. Pues no quieres
que me regocije? tú eres
el hijo de don Servando.
MIGUEL. Y está aquí.
EST. Quién?
MIGUEL. El que el ser
me dió.
EST. Servando?
MIGUEL. Enojado
tambien, porque me he casado;
mas no ha visto á mi mujer.
—Usté es su amigo?
EST. Lo fuí
al ménos.
MIGUEL. Triunfamos!
CECILIA. Cierto.
EST. Vamos, pues, pero te advierto...
CECILIA. Ruéguele usted.
EST. Lo haré así.
Mas modera tu alegría.
CECILIA. Por qué?
MIGUEL. Si usted se interesa...
EST. (Al oido á Miguel.)
Años hace que á su mesa
me espera en solemne dia.
MIGUEL. Es usted?...

EST. Chit!—Esperad.
(Tira del cordon de la campanilla.)
MIGUEL. (Al oido de Cecilia con gozo.)
Dios bendice nuestros lazos.
EST. (Pero me abrirá los brazos?
Perdonará mi maldad?)
CECILIA. Oh, qué ventura!
MIGUEL. Lo ves?
ANT. Llama usted? (Entrando.)
EST. Sí.—El caballero
que estaba aquí há poco... .
ANT. Pero
cuál? el del número tres?
EST. No sé.
ANT. Es el amo quizá
de aquella vieja parlera?
(Gesto afirmativo de D. Estéban.)
Salió por la otra escalera.
EST. Y sabes si volverá
pronto?
ANT. Pronto? No hay razon
para ello.
EST. Pues?
ANT. Va de viaje.
(Sorpresa de los tres.)
CECILIA. Ah!
ANT. Se llevó el equipaje
y se marchó á la estacion.
MIGUEL. Vamos tras él.
ANT. Buena gana!
CECILIA. Por qué causa?
ANT. Porque ahora
parte la locomotora.
EST. Pues bien, saldremos mañana.
CECILIA. Bien! (Abrazando gozosa á su padre.)
EST. Hija mia!
MIGUEL. Bendita
tú que tal padre me has dado!
EST. Esta vez el convidado
será puntual á la cita.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala en la casa de D. Servando, con una puerta al fondo que da paso á la calle, y dos laterales, de las que la de la derecha del actor comunica con las habitaciones del dueño, y la opuesta, con las demas dependencias de la casa. En el ángulo de la derecha, ventana con reja. De frente y á la derecha de la puerta del fondo hay un gran cuadro que representa el retrato de una mujer, cubierto con un velo negro. A la izquierda de la misma puerta, otro cuadro con el retrato de D. Servando, pero que representa sólo de treinta á treinta y cinco años. Un reloj de pared. Velador á la derecha, cerca del proscenio, y junto á él una butaca. Todos los muebles acusan respetable antigüedad.

ESCENA PRIMERA.

GREGORIA, saliendo por la izquierda, luégo MIGUEL.

GREG. Me parece que han llamado
con mucho tiento. Veré
por el ventanillo. Tan
temprano, quién puede ser?
El aguador ya ha venido.
Será el cartero tal vez?
(Desaparece un momento por el fondo y vuelve á salir con Miguel: Gregoria sigue á este espantada.)
Señorito!

MIGUEL. Á ver si callas.

Mi padre?...

GREG. No hoy duda! es él!

MIGUEL. Te asustas de verme?

GREG. Mucho.
Conque se ha casado usted!

MIGUEL. Sí, Gregoria: si ello al cabo
se ha de hacer alguna vez,
lo mejor es lo más pronto.

GREG. Y es bonita la mujer?

MIGUEL. Un ángel.

GREG. Sí? cuánto tiempo
hace de la boda?

MIGUEL. Un mes.

GREG. (Ya se conoce.)—Me alegro.

MIGUEL. Pues dónde hay miel sin hiel?
El enojo de mi padre
amarga nuestro placer,
y venimos con la idea
de arrojarnos á sus pies.

GREG. No haga usted tal desatino!
Pues si está hecho un Lucifer
con ella!

MIGUEL. Y no la conoce.

GREG. No importa: es lo mismo.

MGUEL. Ves
qué injusto?...

GREG. Mujer y diablo
todo es uno para él.
Como es un hombre de mundo,
y es un filósofo, y es...

MIGUEL. Vaya una filosofía!

GREG. Pero qué le hemos de hacer?

MIGUEL. Si viera á mi esposa, puede
que su gracia y sencillez
le sedujeran.

GREG. No hay gracias
para ese Matusalen.

MIGUEL. Mira lo que hablas, Gregoria!
No le juzgo tan crüel...

GREG. Por otra parte da lástima!
Como no puede leer,
y á mí me estorba lo negro.

desde que usted se nos fué
el pobre pasa la noche
en un estado cruel.
«Gregoria, dí algo de nuevo.
(Remedando á su amo.)
—Don Servando, nada sé.
—Gregoria, estoy aburrido!
—Don Servando, yo tambien.»
Y la pobre de Gregoria
pasa la noche en un pié,
y el viejo gruñe que gruñe
hasta que suenan las diez.

MIGUEL. Ahí estriba mi esperanza.
Puesto que lo has de saber...
Encargó al memorialista
de la calle del Clavel,
un lector y lazarillo
que haga mis veces.

GREG. Lo sé.
pero aún no ha venido...—Entiendo.

MIGUEL. Qué te parece?...

GREG. Es un buen
pretexto: y si la lectora
llega á agradarle, tal vez...

MIGUEL. Ya te he dicho que es un ángel,
que nació para mi bien
llena de encanto y dulzura.

GREC. Señorito, usted no es juez...
—Pero se entiende, que el padre
por ahora, no ha de saber
que es su nuera: de otro modo...

SERV. (Dentro.) Gregoria!

GREG. Váyase usted.

MIGUEL. Aún hay tiempo.—Entra, Cecilia.
Esta es tu casa.
(Se dirige á la puerta del fondo, y trae de la mano á Cecilia, que viene con el velo echado.)

ESCENA II.

CECILIA, GREGORIA y MIGUEL.

CECILIA. Ay, Miguel!

MIGUEL. Tendrás valor?
CECILIA. Por mi esposo;
qué no me atrevo yo á hacer?
GREG. Calla! pues si la conozco!
y á su padre!—Usted no es?...
CECILIA. Sí, sí.
MIGUEL. La misma, Gregoria;
mas no hay tiempo que perder.
SERV. (Dentro.) Gregoria!
GREG. Ya está vestido.
Al instante. (Respondiendo.)
CECILIA. Si te ve...
MIGUEL. Te dejo.—No te amilanes.
CECILIA. No temas.
GREG. Váyase usted.
(Echándole á empujones por el fondo.)

ESCENA III.

CECILIA, GREGORIA y D. SERVANDO, por la derecha.

SERV. Quién está aquí?
GREG. Es una jóven.
CECILIA. (Qué cara ha puesto!)
SERV. Y qué quiere?
GREG. La manda el memorialista.
CECILIA. Ay! (Acercándose con temor á Gregoria.)
GREG. (Ap. á Cecilia.) (Es usted la valiente?)
CECILIA. Sé que usted busca un lector.
SERV. Ese Juan es un imbécil.
Lector, pero no lectora.
CECILIA. No encuentro el inconveniente...
SERV. Yo sí.
CECILIA. (Ap. á Gregoria.) (Qué cara tan suegra!)
SERV. En fin, usted me dispense,
señorita, pero yo
no quiero en casa mujeres.
GREG. Pues no estoy yo?
SERV. Sí, Gregoria,
pero tú eres diferente.
Las viejas no tienen sexo.
CECILIA. (Con dulzura.)

Pero en tanto que no encuentre...

GREG. (Al oido de D. Servando.)
(Ve usted? es una paloma.

SERV. Ya se volverá serpiente.)
—Si he de decir lo que siento,
porque yo, sea como fuere
siempre digo la verdad,
niña, usted no me conviene.
Esta casa es un convento,
pero donde entran ustedes
se acabó la paz, y yo
tengo el genio un poco fuerte.
En fin, por dos ó tres dias,
mientras el otro no viene...
Porque me aburro! me aburro!

CECILIA. Al cabo...

SERV. Hará usted sus veces.
(Cecilia se quita el velo.)
(No es fea: digo, es bonita.
Este es otro inconveniente.)
Sabe usted leer?

CECILIA. De corrido.

SERV. Tambien escribir?

CECILIA. Se entiende.

GREG. (Ap. á Cecilia.) (Ya queda usted instalada.)

SERV. Ea, Gregoria, á tus quehaceres.
(Váse Gregoria.)

ESCENA IV.

CECILIA y D. SERVANDO.

SERV. Ahora que no está Gregoria,
escúchame.—Yo tuteo
á todo el mundo.—Deseo
conocer toda tu historia.
Mas cuidado con mentir!

CECILIA. No lo acostumbro.

SERV. No? es raro
siendo mujer. Yo soy claro.

CECILIA. Tampoco yo sé fingir.

SERV. Mucho estimo esa franqueza,

y á mi edad torpe y cansada,
conmigo no pueden nada
la gracia ni la belleza.

CECILIA. (Ya veremos.)

SERV. Tienes padre?

CECILIA. Ay! no señor, sola estoy.

SERV. (Mirándola con lástima.)
Eso es diferente.

CECILIA. Soy
huérfana de padre y madre.
(Para qué me harán mentir?)

SERV. Uno y otro!... Es trance extremo.

CECILIA. Así me pregunto y temo
cuál será mi porvenir.

SERV. (Pobre chica!, Si es verdad
mala suerte te prepara
el mundo, con esa cara
y esa gracia y esa edad.

CECILIA. Mi posicion es cruel.

SERV. Y este mundo es un abismo.

CECILIA. Pues conociendo eso mismo
procuro guardarme de él.

SERV. Bien hecho.

CECILIA. Le tengo un miedo...

SERV. Así me gusta.

CECILIA. Soy niña.

SERV. Y el miedo guarda la viña.

CECILIA. Y si con usted me quedo...

SERV. Mas la vejez es prolija,
y mi genio y mi aspereza...

CECILIA. Tráteme usted con franqueza,
como si fuera una hija.
Ya verá usted qué obediente,
qué buena y qué humilde soy!

SERV. Como una hija!

CECILIA. Desde hoy
seré...

SERV. Si, sí, una serpiente! (Exaltándose.)
Calla, calla! ni compares
ese amor...

CECILIA. Por qué?

SERV. Me aflijo.

Yo tuve un hijo, y este hijo
me ha dado muchos pesares.

CECILIA. Supongo que será justo
ese rigor.

SERV. En mi pecho
sembró el dolor.

CECILIA. Pues qué ha hecho?

SERV. Casarse contra mi gusto.

CECILIA. Tan mal acierto ha tenido!

SERV. Es mujer, no la hago ofensa.

CECILIA. Y un buen padre, cómo piensa?...

SERV. Sabes tú lo que he sufrido?
Pues porque soy un buen padre
le quisiera ver soltero.
He tenido mujer.

CECILIA. Pero
tambien ha tenido madre!

SERV. Y qué?

CECILIA. Qué piensa usted de ella?
que fué una honrada señora;
no digo bien?

SERV. Sí, doctora;
una excepcion noble y bella.

CECILIA. Todos los que injustos son
nos ultrajan de mil modos,
y... cosa más rara! todos
hacen la misma excepcion.

SERV. Qué lógica!

CECILIA. Yo, mujer,
no hago de mi saña objeto
al hombre, porque respeto
á aquel que me ha dado el ser.
De nosotras sin razon
piensa usted mal.

SERV. No te asombres.
Tú dices que de los hombres...

CECILIA. Tengo mejor opinion.

SERV. Haces bien.

CECILIA. No los igualo
ni en general los condeno.
Por ejemplo, usted es bueno,
y eso que parece malo.

SERV. Sí?
CECILIA. Pero la cara engaña,
y ese ceño asustaría
á otro cualquiera.
SERV. Hija mia,
esa franqueza es extraña.
Me haces, y eso no está bien,
de tus sarcamos el blanco.
CECILIA. Yo, como usted es tan franco
procuro serlo tambien.
SERV. Pero...
CECILIA. He de hablar en conciencia?
entendámonos.
SERV. No digo
que no. Sigue.
CECILIA. Pues amigo,
no hay más que tener paciencia.
SERV. Cuáles mis defectos son?
CECILIA. Lo manda usted?
SERV. Sí, obedece.
CECILIA. Por lo pronto, me parece
que es usted muy regañon.
(Ponderándolo mucho.)
SERV. Yo soy...
CECILIA. Ni un átomo quito.
Y aunque de ello no respondo,
sospecho que allá en el fondo
es usted...
SERV. Habla.
CECILIA. Un bendito.
SERV. (Picado.) En eso dices verdad:
un pobre diablo.
CECILIA. Á qué viene?...
Otro defecto; usted tiene
un poco de vanidad.
SERV. Un poco; aún me haces merced.
(La verdad es que la escucho
con gusto.)
CECILIA. No dije mucho
por no lastimar á usted.
SERV. Por lo franca me acomodas,
chica.

CECILIA. No tengo otros bienes...
SERV. Y qué habilidades tienes?
CECILIA. Pché! las que tenemos todas.
Soy música y sé tocar...
SERV. Hola! pues si tú supieras!...
Esa es mi pasion.
CECILIA. De veras?
qué suerte tan singular!
SERV. Y qué tal?
CECILIA. No soy muy diestra.
Tecleo, y en ocasiones...
Oirá usté unas variaciones
que me enseñó mi maestra.
SERV. Variaciones! sin dudar
lo harás bien.
CECILIA. Por qué?
SERV. Porque eres
mujer.
CECILIA. Sigue...
SERV. Y las mujeres
sois dadas á variar.
—Eh! Gregoria!
CECILIA. Eso ya pasa
de lo justo. Es ya un capricho.
SERV. Recuerdo que aún no te he dicho
las costumbres de la casa.
CECILIA. Y á qué?...
SERV. Para tu gobierno.
No te imagines acaso
que en la córte... Porque paso
en Madrid todo el invierno.
Siempre vivo á lo español
rancio.
GREG. (Saliendo.) Llamaba usted?
SERV. Sí.
—Acostumbramos aquí
levantarnos con el sol.
Como no tenemos roce
con el mundo!...
CECILIA. (Esto promete.)
SERV. El desayuno á las siete
y la comida á las doce.

Un chocolate á las cuatro.
Qué tal?

CECILIA. Es lo que se llama...

SERV. Tras de la cena á la cama
á las diez.

CECILIA. Si no hay teatro.

SERV. Quién yo?...

CECILIA. Como es su aficion
la música!...

SERV. Ciertamente;
mas no la de la presente
ruidosa generacion.
Preocupaciones aparte,
que las tengo y no lo oculto,
se daba en mi tiempo culto
á la pureza del arte,
que era entónces la expresion
con que se pintaba el gozo,
la pena ó el alborozo,
el deliquio ó la pasion.

CECILIA. Y ahora tambien...

SERV. Todo, en fin,
era gracia y melodía,
en que apenas se atrevía
á propasarse el violin.
Y ya expresara el gemido
del dolor ó ya el contento,
estaba en el sentimiento
y jamás en el ruido.
Que no gustaba! eficaz
remedio: sin más beleño
echaba usted un buen sueño,
y usted descanse y en paz.
Pero hoy, con ese rimbombo
infernal y esa anarquía
y tanta trompetería
y tanto zurrar al bombo,
desafío al más pintado...
Que pruebe á dormir cualquiera!
Imposible, aunque estuviera
uno *cloroformizado*.

CECILIA. Algo... mucho hay de verdad

en eso, pero...

SERV. No hay pero.
Oh! dónde están el *Barbero*
y el *Califa de Bagdad*!

GREG. Y los cantares? á fé
que daba gozo el oirlos.
(Cantando.)
Que ha venido de los chirlos mirlos
la tonada del pampirulé.
Qué dice usted?

CECILIA. (Que desgarra
el tímpano!)

SERV. Qué daría
por un polo de García!...

CECILIA. Al piano?

SERV. Quiá! Á la guitarra!

GREG. (Ap. á Cecilia ésta le impone silencio.)
(Conque al fin cayó en la red!)

CECILIA. (Á D. Servando.)
De la razon no me aparto.

SERV. Gregoria, prepara el cuarto
para... Su nombre de usted?

CECILIA. Cecilia.

SERV. Pues bien, ya estás
instalada.

CECILIA. En cuanto valgo
mándeme usted.

SERV. Pues haz algo:
no estés ociosa jamás.
Hasta luégo.

ESCENA V.

CECILIA y GREGORIA.

GREG. Conque al fin
se ha vencido...

CECILIA. Todavía
no puedo cantar victoria.

GREG. Es la primera entrevista!

CECILIA. Dice usted bien.

GREG. Por lo pronto

vivirá en mi compañía.
Ya tengo con quien hablar,
que he pasado unas fatigas!

CECILIA. Yo hablo tan poco!

GREG. Supongo
que vendrá ya prevenida...

CECILIA. Sí.

GREG. Y armada de paciencia.

CECILIA. Es tan duro?

GREG. Sí, hija mia!
Ya se ve, no nació ayer.

CECILIA. Sí, bien. (Esquivando la conversacion)

GREG. Tiene muy cumplidas
su setenta navidades,
que es una edad muy bonita.

CECILIA. Basta.

GREG. No podrá decir
que se ha malogrado.

CECILIA. Mira;
lo que mi marido y yo
queremos, es que nos viva.
Se conoce que ha sufrido.

GREG. Verá usted, todo lo atisba,
todo lo rebusca, y eso
que va perdiendo la vista.
Pero nada se le escapa.
Aquí no vienen visitas.

CECILIA. Mejor.

GREG. Aquí, si no fuera
por alguna que otra riña,
era cosa de aburrirse.
Pues y ella, la pobrecita?
esa sí...

CECILIA. Quién?

GREG. Su mujer,
(Señalando el retrato.)
que ha debido de ser víctima
de sus... No quiere usted verla?
Tiene una fisonomía
tan dulce, tan bondadosa!...

CECILIA. Ahora!...

GREG. Es verdad, señorita.

CECILIA. Más tarde.
GREG. Dice usted bien,
tal vez nos sorprendería,
y entónces...
CECILIA. Quién viene?

ESCENA VI.

DICHOS y MIGUEL por el fondo.

MIGUEL. Quién
ha de ser? ¿Quién no respira
hasta saber... Qué ha pasado?
CECILIA. Que estoy...
GREG. Que está recibida.
MIGUEL. Si era preciso! (Mirando á Cecilia con orgullo.)
CECILIA. Y mi padre?
MIGUEL. Fué á la casa de don Dimas;
un escribano.
CECILIA. Y á qué?
MIGUEL. Lo ignoro; mas juraría
que va á hacer su testamento.
CECILIA. Pero eso no corre prisa.
MIGUEL. Hace tiempo que marchó.
Ya es hora de que me digas
qué te parece...
CECILIA. Tu padre?
MIGUEL. Cómo te recibiría!
GREG. Al principio no muy bien.
MIGUEL. Pero despues...
CECILIA. Á medida
que hablamos nos entendimos.
Me quedo aquí.
GREG. Pobre niña! (Entre dientes.)
MIGUEL. Qué dice de tus talentos
musicales?
CECILIA. Todavía
no me ha oido. Y el piano?
GREG. Tras de esa pieza contigua
(Señalando á la izquierda.)
está.
CECILIA. Quisiera que oyese

otra cosa... así... alegrita.

MIGUEL. Es capricho de tu padre.

CECILIA. Y por qué?

MIGUEL. Acaso le asista
alguna razon. El hierro
está á punto. Vé, Cecilia!
Serenidad! Que conozca,
que admire tu maestría.
Ya presiento tu victoria.
(Váse Cecilia por la izquierda.)

ESCENA VII.

MIGUEL y GREGORIA.

GREG. (Pues si ella no le humaniza!...)
Tenía usted mil razones.
Es una alhaja la chica.

MIGUEL. No es verdad?

GREG. Que sí lo es!

MIGUEL. Ya ves que no te mentía.
(Se oye preludiar en el piano.)

GREG. Silencio!

MIGUEL. Está preludiando.
Vámonos de aquí.

SERV. (Dentro.) Cecilia!

GREG. Que viene! (Vánse por el fondo.)

ESCENA VIII.

D. SERVANDO sale por la derecha escuchando con atencion.

SERV. Qué escucho! el aria
de *La Calumnia*! Atrevida
es la moza... Pero quién
la habrá inspirado... Malicias
de todo, pobre Servando!
Ella en sus últimos dias, (Mirando al retrato.)
la infa...—Ya ha muerto.—Esa era
su música favorita. (Escuchando.)
—Bien! bien! eso es; ahora piano,
más piano!—Pobre Cecilia!

no sabe el mal que me hace.
—Pero, señor, quién me quita
hacerla callar?—Silencio!
(En voz alta á la puerta de la izquierda)
no oyes?—Calla tú, estantígua!
(Como reconviniéndose.)
—Admirable! bien! Si tiene
unas manos la chiquilla!...
Ay! sigue, aunque las memorias
que esas notas resucitan
lleguen hasta aquí y ahoguen
en mi corazon la vida.
—Pobre viejo abandonado!
si yo tuviera una hija
tan buena...—Es buena? mañana
no se volverá una arpía
tal vez? Quién sabe?—Ya calla.
Me ha dejado tal fatiga,
tal postracion! ..—Es de modo,
que hasta olvidado me había
de que ya se va acercando
el momento de la cita.

ESCENA IX.

D. SERVANDO y GREGORIA.

GREG. Ya está la mesa.
SERV. Esperemos.
GREG. Pero...
SERV. Faltan todavía
dos segundos. (Mirando su reloj.)
GREG. No vendrá.
SERV. Qué sabes tú? (Se oye un aldabonazo.)
GREG. Llaman.
SERV. Mira (Váse Gregoria.)
quién es. Dice bien Gregoria:
no vendrá.—Es una manía...
Habrá muerto. Si en una hora
caben ya tantas desdichas,
en treinta años... Ya, ni áun oigo
tu voz, esperanza mia!

(El reloj de pared da doce campanadas. En el momento mismo aparece D. Estéban.)

ESCENA X.

D. SERVANDO, D. ESTÉBAN, que se queda un momento al umbral de la puerta del fondo.

EST. (Por fin, ya estamos aquí.
Oh, qué recuerdos! mis piés
están clavados!...)
SERV. Quién es?
EST. Servando. (En voz baja y conmovido.)
SERV. Quién está ahí?
EST. Yo soy, qué! no te da voces
el corazon? no te advierte
mi presencia? dí?
SERV. De suerte
que... (Animándose y dirigiéndose á D. Estéban.)
EST. Mírame, me conoces?
SERV. Tú! tú! Bondad infinita!
(Abrazándole con efusion.)
Sólo en verte se renuevan
mis verdes años. Estéban!
hoy no has faltado á la cita.
No se han roto aquellos lazos
de nuestra amistad.
EST. (Sospecho
que finge.)
SERV. Por qué en tu pecho
ya no me estrechan tus brazos?
EST. Yo... (Abrazándole.)
SERV. Bien, Estéban, así!
Cómo dejarme has podido
tanto tiempo en tanto olvido?
vivir ausente de mí?
EST. Perdóname.
SERV. Lo comprendo.
EST. Tal vez no.
SERV. Sí, vive Cristo!
Por qué, Estéban, no me has visto
(Mirándole con fijeza.)

desde aquel lance tremendo?
Desde que con negro ultraje
manchó la infame mi nombre?
Y aquel hombre... y aquel hombre!...
te acuerdas? fué cuando el viaje.
Aún la cólera me abrasa!
Cómo burlaron mi fé!

EST. Cálmate.

SERV. Yo te dejé
el cuidado de mi casa.
Mas tú ignoraste mi afrenta,
ó al saber mi historia triste,
mi noble amigo, creiste
que iba yo á pedirte cuenta...
Cómo! quién podía creer
en ella tal felonía?

EST. Elvira?

SERV. Pues quién podía
si no esa indigna mujer?...

EST. Calla!

SERV. Pues qué! no era toda
la culpa suya?

EST. (No acaba.)

SERV. Dí, por qué te fuiste?

EST. Estaba
tratando ya de mi boda.

SERV. Y por sólo esa razon...

EST. Nada más.

SERV. Nunca has sabido
ni sospechado?...

EST. No. (Confuso.)

SERV. Ha sido
la más inícua traicion!
Mira! allí está! (Señalando al retrato.)

EST. (Dios del cielo!)

SERV. La autora de esos engaños.
Está, desde hace treinta años
cubierta con ese velo.

EST. No renueves la memoria
de tu infortunio.

SERV. Lo quiso
mi suerte.

EST. Calla!
SERV. Es preciso
que sepas toda la historia.
—De aquel negocio...
EST. Ya sé.
SERV. La dificultad resuelta,
pude apresurar mi vuelta
ántes de lo que pensé.
EST. Sigue.
SERV. Pintarte no quiero
mi impaciencia, mi alegría.
Ya me conoces: venía
con el corazon ligero,
y al acercarme á este asilo
donde entre bosques de flores
escondía mis amores,
venía alegre, tranquilo.
Y cómo no? no había nada
que pudiera darme pena.
La noche alegre y serena,
aquí la mujer amada,
aquí el tierno serafin
durmiendo en paz en su cuna;
el aire manso, la luna
que iluminaba el jardin...
EST. Qué más?
SERV. Me acerqué á la puerta
trémulo.
EST. (Pobre Servando!)
SERV. Yo me estaba preguntando:
«estará Elvira despierta?»
EST. (Qué suplicio!)
SERV. «No haré mal
en despertarla?» Decía
con temor. «No la sería
esta sorpresa fatal?
esperaré hasta mañana.
Ya hácia la parte de Oriente
brilla el alba.» De repente
siento abrir esa ventana.
Oigo una voz y otra luégo...
varonil! comprendes mi ira?

Hablaba un hombre á mi Elvira
en tono de amante ruego,
y ella, como á mí otras veces
llena de amoroso afan
respondía á aquel galan.

EST. (Qué recuerdo!)

SERV. Palideces!
Sí, Estéban: tienes razon.
En fin, mi desdicha toco,
y gritando como un loco
me lancé sin reflexion...
Elvira, viendo por mí
descubierto su delito,
respondió con otro grito
que aún está sonando aquí.
(Con la mano en el pecho.)

EST. Y el hombre...

SERV. Decir no puedo
quién es. Yo le perseguía,
pero el traidor no corría,
volaba en alas del miedo.
Volví mis pasos atrás:
aquí hallé á la fementida
y no la quité la vida!
y cómo fué, me dirás?
cómo en aquel desvarío
no la hiciste mil pedazos?
Estrechaba entre sus brazos
á... su hijo. (Con intencion.)

EST. Infeliz!

SERV. Y el mío.
Al ponerlo por escudo
contra mí pidiendo gracia,
contaba con su eficacia...
—Oh! en ese punto no dudo.

EST. No hay nada que dé lugar
á tan loco devaneo.

SERV. Ya te he dicho que lo creo...
y que no quiero dudar.

EST. Pero, en fin, Elvira habló.

SERV. Crées?

EST. Y te dijo el nombre...

SERV. No.
EST. La traicion de aquel hombre,
su propia inocencia.
SERV. No.
EST. Pero eso, es cierto?
SERV. Muy cierto.
EST. No dijo nombre ninguno?
SERV. Pues á saberlo, yo el uno
de los dos hubiera muerto.
Bien quiso su liviandad
disculpar; bien me decía
que era de una felonía
víctima.
EST. Y es la verdad.
SERV. Qué sabes?...
EST. Porque lo sé
te lo digo: á eso he venido.
Tus sospechas han mentido.
SERV. (Con soflama.)
Pues bien, dime cómo fué.
EST. Aquella matrona fuerte
rechazó con viril mano
su ofensa, y aunque el villano
la amenazó con tu muerte,
airada, pronta á dar voces
abrió, en efecto, esa reja.
Duda el hombre, y al fin ceja.
Lo demas ya lo conoces.
SERV. Pero él!... vive aún?
EST. Quizá...
(Despues de un momento de vacilacion.)
vive; pero oye un momento.
Con negro remordimiento
su crímen pagando está.
Tu desventura no llores,
que es mayor su padecer.
SERV. Y qué tengo yo que ver
con él ni con sus dolores?
Lo que yo busco y espero
no es eso.
EST. (Me causa espanto.)
SERV. No sus disculpas, no llanto,

es su sangre lo que quiero.

EST. Le matarás, si es así;
pero ella estaba inocente.

SERV. Quién lo dice?

EST. El delincuente
que está delante de tí.

SERV. Imposible!

EST. Es una historia...

SERV. Disculpar su amor impuro
es tu intencion.

EST. Te lo juro
por tu amistad y su gloria.

SERV. Estéban!

EST. Por mi hija, en fin.

SERV. Víctima de mi dureza!
(Dirigiéndose al retrato.)
Yo he manchado tu pureza
con mi sospecha rüin.
Cómo consentir podía
el cielo injusticia tanta?
(Arrancando el velo que cubre el retrato.)
Sal otra vez, mártir santa,
á la luz clara del dia!
Ay! lágrimas de placer
bañando están mis mejillas!
Lágrimas!—Tú, de rodillas
(Le coge por un brazo y le hace arrodillarse.)
delante de mi mujer.

EST. Sí, sí!

SERV. Perdóneme Dios
por mi sospecha traidora.

EST. Y á mí por mi infamia.

SERV. Ahora...
ahora á matarnos los dos.
(Corre á una mesa y saca del cajon dos pistolas.)

EST. No! no! tengo una hija.

SERV. Y bien?

EST. Fuera espectáculo triste.

SERV. Y dí, cuando me ofendiste,
no era yo padre tambien?
Si has pensado desarmarme
con eso...

EST. No es que te ruego
por mí.
SERV. Pues?...
EST. Yo no te niego
el derecho de matarme.
SERV. Te mataré, y de camino
vengo mi agravio.
(Apoyando la boca de una pistola en la frente de D. Estéban.)
EST. Harás bien.
SERV. Haré mal.—Quieres tambien
(Levantando el arma.)
convertirme en asesino?
Te niegas á reñir?
EST. Sí.
SERV. Resuelta tu muerte está.
Te haré un agravio...
(Amenazándole con la mano.)
EST. Será
mayor que el que te he hecho á tí?
SERV. (Despues de vacilar un instante.)
Oh! vete, de mi mujer
deshonrador inhumano!
Vete ya! vete, villano,
donde no te vuelva á ver.
EST. Dices bien. Adios. (Hace que se va.)
SERV. Adios.
EST. Perdóname. (Deteniéndose.)
SERV. No: aunque pueda
no lo haré.
EST. No?
SERV. Todo queda
concluido entre los dos.
(Váse D. Estéban por el fondo.)

ESCENA XI.

D. SERVANDO, y poco despues CECILIA por la izquierda con un libro en la mano.

SERV. Oh! siento aquí un regocijo!
Ya en dulce verdad se muda

aquella terrible duda.
Dónde estás? dónde, pobre hijo?

CECILIA. (Desde la puerta.)
(Ya se ha marchado.) Señor!

SERV. Qué es eso? por qué no entras?

CECILIA. Con su permiso...

SERV. Me encuentras
del más delicioso humor!...

CECILIA. ¡Yo tambien lo estoy.

SERV. Será
por causa de ménos peso.

CECILIA. Por la misma.

SERV. Cómo es eso?
dila.

CECILIA. Porque usted lo está.

SERV. Sabes tú lo que en mí excita?

CECILIA. Yo no.

SERV. Y si fuera un capricho?

CECILIA. Es algo más.

SERV. Qué?

CECILIA. Me han dicho
que ha tenido usted visita.

SERV. Es cierto.

CECILIA. Un amigo antiguo.

SERV. Esa Gregoria!... (Habrá estado
oyendo? Se habrá enterado!...
Oh! pues si yo lo averiguo!...)

CECILIA. Y siendo así no me espanto,
si es él el que esa alegría
le trajo á usted.

SERV. Sí, hija mia.

CECILIA. Conque le querrá usted tanto!

SERV. No quiero ni oir su nombre;
sabes?

CECILIA. (Adios mi contento!)

SERV. Todo mi aborrecimiento
lo he cifrado en ese hombre.

CECILIA. Por qué?

SERV. No puedes saber...

CECILIA. Hace poco que aquí estoy,
es verdad! y al cabo soy
una frívola mujer.

SERV. Da mi injusticia al olvido.
No extraño que te interese...
CECILIA. Mas no agradece usted ese
contento que le han traido?
SERV. Y es tal que ha cambiado en mí
todo mi ser por completo.
Mas respeta mi secreto.
CECILIA. Me callo.
SERV. Qué traes ahí?
CECILIA. Un libro. (Ilusiones locas!)
SERV. Y qué?
CECILIA. Le vengo á leer
un cuento.
SERV. Vamos á ver.
Oh! si lées como tocas...
CECILIA. Mucho mejor.
SERV. No lo espero.
Bien: no me opongo á que leas;
mas lo que quiero es que seas
buena.
CECILIA. Yo tambien lo quiero.
(Me asusta mi propia audacia.)
SERV. (Va ganando por momentos...)
Qué libro es ese?
CECILIA. Son *Cuentos*
de Niños.
SERV. Pues me hace gracia!
CECILIA. Mas de alta moralidad.
SERV. No dudo...
CECILIA. Y da unos consejos!...
SERV. Y como somos los viejos
niños de mayor edad!...
—Lée, pues.
(Cecilia se sienta en una banqueta á los piés de D. Servando y hace como que lée. Miguel se asoma á la puerta del fondo.)

ESCENA XII.

D. SERVANDO, CECILIA y MIGUEL.

CECILIA. Érase una vez

un anciano que tenía
un hijo en el que veía
la gloria de su vejez.
Fué de condicion severa,
y una vez hablando al hijo:
«No salgas nunca, le dijo,
por esas puertas afuera.
Yo, filósofo profundo,
sé lo que más te conviene
y los peligros que tiene
el mar revuelto del mundo.»
El padre, como va dicho,
era de genio vehemente;
pero héte que de repente
el niño tuvo un capricho,
y fué romper su prision.
Temió el paternal enojo;
pero era grande el antojo
y fuerte la tentacion.
Mas... quién lo dijera! quién!
Dejó el techo paternal,
y en vez de pasarlo mal,
al chico le fué muy bien.

SERV. Ese libro es un portento!
Así dice?

CECILIA. Impreso está.

SERV. Deseo conocer ya
la moralidad del cuento.

CECILIA. Mas como esto no podía
excusar su inobediencia,
sintió al fin que la conciencia
amargaba su alegría.
(Haciendo señas á Miguel de que se acerque. Éste lo hace poco á poco.)
Por tanto, á su casa vino,
pero no solo.

SERV. Y quién era?...

CECILIA. Una pobre compañera
que se encontró en su camino.
Puesta su esperanza en Dios
y cogidos de la mano,
(Se arodilla y lo mismo hace Miguel.)

á los piés del buen anciano
se arrodillaron los dos.

SERV. Y qué más?

MIGUEL. Cese el encono,
gritó sollozando el hijo.

CECILIA. Y el padre amante le dijo...
—Qué le dijo?

SERV. (Estrechando á Miguel en sus brazos.)
Te perdono.

CECILIA. Nos perdona!

MIGUEL. Mi buen padre!...
Qué falta á mi dicha ya?
Solamente...
(Volviéndose al retrato.) Oh, Dios! está
rehabilitada mi madre!

SERV. Sí; de esa noble mujer
oiste el primer arrullo.
Puedes decir con orgullo:
«Esa es la que me dió el ser.»
Yo que la carga penosa
de dolores infinitos
he llevado, hoy digo á gritos:
«Esa es mi esposa! es mi esposa!»

ESCENA XIII.

DICHOS y D. ESTÉBAN, por el fondo.

MIGUEL. Quien?... (Volviéndose al oir los pasos)

SERV. Aléjate, hijo mio!
y tú.—Pronto lo despacho.
(Se alejan hácia el fondo Cecilia y Miguel.)
Ven.
(Á D. Estéban.) (No quiero que el muchacho
se entere... Lo mataría.)
Baja la voz. (Ap. á D. Estéban.) (Á qué vienes?)

MIGUEL. Á la par que mi sonrojo,
quiero evitar el enojo
y el justo rigor que tienes.

SERV. Y qué? (Algo conmovido.)

EST. Sigo tus consejos.
Pronto las cubanas playas...

SERV. Oh, no, Estéban! no te vayas!
EST. Qué? (Con alegría.)
SERV. No te vayas tan léjos.
EST. Lloras?
SERV. Sí, sí! no te asombres!
Fué tan grande mi amistad!
Hace la felicidad
muy débiles á los hombres.
Está brotando á mis labios...
EST. Mi perdon?
SERV. Ni por asomo.
Elvira! mi Elvira! cómo
puedo olvidar tus agravios!
EST. Pero quién te dice, quién,
que así cumples su deseo?...
SERV. Si; tienes razon: yo creo
que te perdona tambien.
Si pudiera desechar
este recuerdo importuno!
Y es tan difícil? Cuando uno
ha empezado á perdonar!
Cuando cualquier movimiento
llega á la pícara fibra
del cariño: cuando vibra
la cuerda del sentimiento,
no puede haber entre dos
amigos, ó que lo han sido,
otro rigor que el olvido.
EST. Olvido! quiéralo Dios!
SERV. Entre estas cuatro paredes
la paz, la dicha, el amor...
Mira, Estéban, lo mejor...
lo mejor es que te quedes.
EST. No puedo aún y lo siento.
SERV. No puedes? (Resentido.)
EST. Otro pecado
tengo que aún no has perdonado.
SERV. Cuál es?
EST. Mi parte en el cuento.
Sé bueno como otras veces
aunque mi doblez te aflija.
Cecilia...

SERV. Sabes?...
EST. Es mi hija.
SERV. Es tu hija?—No la mereces.
EST. Entre todos esta vez
te hemos preparado el lazo.
SERV. Es tu hija! dame un abrazo.
en pago de tu doblez. (Se abrazan.)
MIGUEL y CECILIA. Ah! (Acercándose.)
EST. Ganamos la batalla!
SERV. Sí, me confieso vencido.
CECILIA. Gracias!
SERV. Me la habeis urdido
de una manera!... Ah, canalla!
CECILIA. Permite usted? (Haciendo ademan de abrazarlo.)
SERV. Si permito! (Abrazándola.)
—Cómo hiciste tal conquista? (Á Miguel)

ESCENA XIV.

DICHOS y GREGORIA, por la derecha.

GREG. La sopa.
SERV. Soy un egoista!
CECILIA. Sí?
SERV. Pues no tengo apetito!
GREG. Qué veo! salió de encierro...
(Viendo el retrato descubierto.)
SERV. Silencio!
GREG. Algun desalmado...
SERV. Silencio! nadie le ha dado
á usted vela en este entierro.
GREG. Pues por qué fué la prision?
SERV. Siempre has de ser oportuna.
Fuera de aquí!
GREG. Por alguna
calumnia. Hay tanto bribon! (Váse.)

ESCENA XV.

DICHOS, ménos GREGORIA.

SERV. Una calumnia infernal,

es cierto, yo lo confieso.
En fin, no se hable más de eso:
perdon! perdon general!

CECILIA. Yo tambien?

SERV. Eres muy tuna!

CECILIA. Mucho?

SERV. Tanto como bella.
—Casta esposa! pura estrella
que presides mi fortuna!
Como tú has sido y áun eres
quien me da gozos y penas,
ahora me parecen buenas
todas, todas las mujeres.

CECILIA. Y yo lo soy ademas.
Sin que me cause sonrojos
puedo levantar los ojos...

SERV. No basta.

CECILIA. Qué he de hacer más?

SERV. Qué? colmar mis regocijos.
(Ap. á Cecilia.)
(Es tan corta esta familia!)
Yo quiero verme, Cecilia,
reproducido en tus hijos.
Eh! no seais indiscretos!
(Á Miguel y D. Estéban, que los escuchan.)
Ya tengo paz, tengo calma.
Ahora dadme, hijos del alma,
muchos nietos, muchos nietos!
No se enciendan tus mejillas!

MIGUEL. Concédelo.

CECILIA. No seas tonto!

SERV. Quiero verlos pronto, pronto,
jugar sobre mis rodillas.

CECILIA. Y cuando de sus cariños
sienta entibiarse el calor,
yo reavivaré su amor
con algun CUENTO DE NIÑOS.

FIN DE LA COMEDIA.

		TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde

ZARZUELAS.

		¡De los toros!.	1	Sres. Nombela y Castillo.	M.
		El amor de un boticario.....	1	D. Cárlos Mangiagalli..	M.
2	2	El estudiantillo.....	1	Sres. Cuartero y Herndz.	L. y M.
5	1	Lo que puede decirse, *parodia*.	1	D. Cárlos Mangiagalli...	M.
		Ladrones!.....	1	Sres. Amatriain y Ruiz.	M.
2	3	Maestro de amor.....	1	Navarro y Alcalá Galiano.....	L. y M.
3	1	Quítese usted la ropa.....	1	Mota y Mart. Rucker.	L. y M.
		Quiera usted á mi mujer.....	1	D. Cárlos Mangiagalli..	M.
		Skating Ring.....	1	Mariano Barranco...	L.
»	»	Un crímen misterioso.....	1	Sres. Lastra y Valverde y Chueca.....	L. y M.
		Un maestro de obra prima...	1	Ruesga, Valverde, y Chueca.....	L. y M.
	9 c.	¡Á los toros!.....	2	Vega, Valverde y Chueca.....	L. y M.
		¡Bonito país!	2	Valverde, Breton y Chueca.....	M.
»		El laurel de oro.....	2	Rubio y Taboada....	M.
		El pájaro verde.....	2	D. Cárlos Mangiagalli..	M.
		Huyendo de ellas.....	2	Sres. Povedaño, Navarro, Breton y Valle....	L. y M.
		Los Madriles.....	2	Ramos y P. Doming.	L. y M.
		Amapola.....	3	Lecoq.....	M.
		Los sobrinos del capitan Grant.	4	D. M. Ramos Carrion..	L.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas: de *D. Alfonso Durán*, y *J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo: de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.